

Y tú tan guapa

Tete García

Image not found.

Capítulo 1

Algún día encontraremos lo que estamos buscando.

O quizás no. Quizás encontraremos algo mucho mejor.

Julio Cortázar



Capítulo 2

La canción

Noviembre es siempre triste

y tú viniste proponiendo guerras...[1]

Todos tenemos una canción que lo resume todo.

Esta era la mía, en mi habitación del colegio mayor.

La canción me había parecido una obra de arte desde la primera vez que la escuché:

Qué cosas se te ocurren, tú siempre tan concreta:

y si volvemos a empezar, ¿qué tal?

Yo sin saber dónde mirar... y tú tan guapa.

Y si volvemos a empezar, ¿qué tal?, me dijo Lalia la otra noche.

¿Que qué tal? Un suicidio.

Ya verás cómo me olvidas,

y te encuentro en cualquier bar pegando saltos de alegría,

y me dices que lo nuestro no era lo que merecías,

seré cosas que se cuentan, vueltas de la vida.

La relación entre Lalia y yo tiene un cartel debajo que pone: "*Ya verás cómo me olvidas*". Y efectivamente.

—Deja esa maldita canción de una vez, Nico.

Una chica de pelo largo y castaño me miraba desde el umbral de la puerta de mi habitación. Yo me detuve.

—Sé que se escucha desde tu cuarto, Bea, lo siento.

—No es por eso.

Yo me levanté de la cama, donde estaba sentado tocando la guitarra.

Bea me seguía mirando. No sé cómo lo hacen pero, las chicas, antes de que les digas algo, ya lo saben todo:

—¿Has visto a Lalia después de lo del viernes?

—Sí.

—¿Y?

—Como siempre...

...y te encuentro en cualquier bar pegando saltos de alegría, pensé con tristeza.

Mi amiga hizo un gesto de disgusto.

—Qué mierda.

—Ya.

—De verdad, Nico, si yo fuese tú... —murmuró Bea, sin acabar la frase.

Yo me encogí de hombros, sin hacer ningún intento de justificarme. Mi amiga cambió de tema:

—¿Bajas a cenar?

—Bueno.

En el colegio mayor teníamos un margen de un par de horas para cenar. Fui con Bea al comedor, que estaba en la hora punta, y localizamos una

mesa donde ya estaban sentados un par de amigos.

Mientras yo me servía la bandeja, Bea sólo se cogió una fruta, probablemente porque ya había cenado y solo había venido a mi cuarto a rescatarme.

—¿Qué tal? —preguntó Arturo cuando nos sentamos.

—Bien —respondió Bea por los dos —. ¿De qué hablabais?

—Estábamos hablando de la última de Chus.

—Contadnos —pedí yo.

Pasaron a informarnos del problema en el que se había metido uno de nuestro grupo, Chus, cuyo verdadero nombre es Jesús, aunque nadie lo llama así.

—Si Chus aguanta en el colegio mayor un año entero va a ser un milagro... —comentó Arturo.

Un rato después Bea se disculpó diciendo que tenía ensayo con el coro.

—Hace mucho que no cantas conmigo —le dije mientras se levantaba.

Bea canta bien, mucho mejor que yo.

—Cuando quieras —me respondió—. Tenemos que ensayar para el festival.

—Cierto.

El colegio mayor universitario es un mundo, formado por más de cien de estudiantes, con sus actividades, sus grupos y sus tradiciones propias.

Es verdad que allí siempre puedo contar con Chus, para darme un abrazo que me aplasta. Y David, para echarnos un tenis a las once de la noche, Arturo, con sus movidas filosóficas, Clarita, con su dulzura, Bea, con esa mirada inteligente que tiene....

Sin embargo, en mi habitación del colegio mayor estoy solo.

Y, esa noche, en la soledad de mi cuarto, volví a pensar en Lalia.

No conseguía sacármela de la cabeza.

Lalia, con toda su magia, que me atrapó desde el primer día que la conocí.

Lalia, con sus pitillos raídos, su melena al viento y el mundo por montera.

Miré el móvil, con la esperanza de que me hubiese enviado un mensaje,
sin suerte.

Los días seguirían pasando, en el colegio mayor, en el primer año de
carrera, en nuestro Madrid universitario, y yo seguiré cantando esa
canción que me refleja tanto.

... y tú, tan guapa.

[1] *Ya verás*, Funambulista ft. Andrés Suárez

Capítulo 3

Silencios que matan

*Si no era amor era vicio,
porque nunca una boca
me hizo regresar tantas veces
por un beso.*

Carlos Salem

Esa mañana me inyecté café en vena para sobrevivir a la clase de las ocho de la mañana. Antes de salir me encontré con David por el pasillo:

—¿Vas a clase? —me preguntó, bostezando.

Yo asentí.

—Tío, yo es que no me entero de nada... —resopló el chico, como disculpándose por faltar.

Estuve a punto de decirle que yo tampoco. Los dos estudiábamos Ingeniería Aeronáutica y eso era sobrevivir entre academias, noches de estudio y exámenes que no había por donde cogerlos.

—Yo voy a quedarme estudiando —dijo mi amigo.

Me despedí, antes de salir hacia la universidad.

David era el primero del grupo con el que había conectado, quizás por el hecho de estudiar la misma carrera. Era alegre, deportista, de buen carácter.

Al principio de curso, cuando nos presentaron en aquella fiesta, Lalia se había fijado más en David, pero luego había acabado conmigo. Puede que le hiciese gracia mi acento gallego, mi guitarra, mi aire algo distraído. Todavía no tengo muy claro si aquello le sentó mal a David, aunque nunca

lo llegamos a hablar.

Lalia y yo estuvimos saliendo unos meses, que para mí fueron un sueño. Cuando me dejó, me destrozó. Desde entonces nos habíamos estado evitando, hasta el pasado viernes, que nos encontramos en ese bar y, entre el alcohol, la música y el ambiente volvimos a acabar juntos, como antes.

Yo soy consciente de que Lalia es la piedra con la que siempre tropiezo.

A veces me pregunto si no seré capaz de dejar de tropezar.

"No me vengas con imposibles", me dice Bea siempre, que es la que siempre me escucha con paciencia.

—Es que soy incapaz de decirle que no —admitía yo.

—Pues eso es que no eres libre —me respondía Bea, que es bastante directa a la hora de decir lo que piensa.

Y qué le voy a hacer, si me enamoré de la chica más guapa de todo Madrid.

—A mí, Nico, de verdad, me da pena. Y rabia también —me había dicho Bea la noche anterior.

—¿Por qué?

—Porque te mereces otra cosa.

Yo no estaba de acuerdo.

—Es que solo la quiero a ella.

—Ya.

Bea me había mirado con serenidad.

—Puede que en algún momento te des cuenta.

Pero yo no quería darme cuenta de nada.

En el colegio todos saben que estoy colgado de Lalia y que siempre me tiene en vilo. Una vez le había a Chus, pensando que no le escuchaba:

—Nico va a tardar mucho en que se le vaya esa chica de la cabeza...

Lo cierto es que nunca me había enamorado de alguien como lo estaba ahora.

Así que ahí estaba yo, camino a clase de ocho de la mañana, reflexionando sobre las posibilidades que tenía de que Lalia me quisiese.

No juegues conmigo, por favor, le pedí interiormente.

La duda me estaba comiendo por dentro.

No puedes besarme una noche y olvidarme al día siguiente, seguí diciéndole.

Esos besos son los que más duelen después.

Volví a mirar el móvil una vez más, sin resultado.

Sentí una congoja que me invadió.

Dime algo, Lalia.

Dime si quieres algo conmigo.

Todo menos este maldito silencio.

Capítulo 4

Los problemas de Chus

Del sí al no, ¿cuántos quizá?

Rayuela, Julio Cortázar

La bola fue golpeada con precisión, sobrepasando la red y yéndose fuera de mi alcance.

—¡Mierda!

Chus soltó la pala de ping-pong proclamándose vencedor una vez más.

—Por muy poco, cabrón —mascullé sonriendo.

—A la próxima será.

Estábamos en la sala común, en la que nos reuníamos después de cenar y que solía estar siempre llena. Las chicas estaban sentadas en los sofás, hablando entre ellas.

En ese momento pasó por delante un grupo de estudiante de primero que salían del comedor y David le dio un codazo bastante poco disimulado a nuestro imbatible rey del ping-pong.

—Mira quien viene ahí, Chus.

Se refería a una de las chicas que pasaba a la que nuestro amigo le había echado el ojo desde principio de curso.

—Qué *pibón* —suspiró Chus.

—Lalia es más guapa —determiné yo.

Las chicas se picaron, como hacen siempre.

—A ver, tu chica es mona, pero vamos... —dijo Clara.

—Bueno, para el caso que me hace... —admití yo con pesar.

A Clara le di pena y volví a ganarla para mi causa.

—No te rayes, Nico, ya verás como acabáis saliendo en serio antes o después.

—Ojalá.

—Tú lo que tienes que hacer es ponerla celosa —metió baza Chus—. Y ya verás cómo se hace menos de rogar.

—No, yo no soy de los que hacen eso.

Bea no decía nada. Yo sabía que, interiormente, tenía tachada a Lalia.

Me quedé un rato más hablando, hasta que la sala común se empezó a vaciar y decidí irme.

De camino a mi cuarto me paré un rato en la habitación de Arturo. Esa es una de las características del colegio mayor, que puedes tardar horas en recorrer el pasillo, según el número de paradas que hagas.

—¿Qué pasa, Nico? —me saludó el propietario, invitándome a entrar con un gesto.

La habitación de Arturo es una de las más transitadas como punto de reunión porque es de las más grandes y además está en un lugar muy estratégico para fumar por la ventana.

Arturo está estudiando Ciencias Políticas y, con su carácter extrovertido, está metido en la mitad de los comités que hay en el colegio mayor. Es una de las personas más leales que conozco, con el que siempre se puede contar.

Era de Murcia, donde estaba su novia, que en esos momentos me sonreía desde una foto colgada en el corcho.

—¿Qué tal? —pregunté yo sentándome en la cama, cuando me vino un olor conocido—. Venga ya, no me podéis creer que estéis fumando un peta ahora...

—Es solo uno entre tres —me respondió Chus desde el cuarto de baño que había dentro de la habitación mientras le pasaba el porro a David—. Eso no toca a nada cada uno.

—Sí, pero la que puede caer es igual...

—Bah, nadie se va a dar cuenta.

—... y tú, Chus, que ya tienes un aviso...

Chus es la persona que conozco con más capacidad para meterse en problemas.

—Yo no fui el del extintor —se defendió mi amigo.

Unas semanas antes, en la cena de gala del colegio mayor, alguien, de madrugada, usó el extintor que estaba en la planta del despacho del director, dejándolo todo perdido. La acusación cayó sobre Chus, sin que él pudiese defenderle ni pudiesen probarlo.

—Y nosotros lo sabemos, Chus —dije—. Pero yo iría con cuidado.

—Yo estoy seguro que fueron de ese grupo del Colón —apostilló David.

Había una rivalidad con el otro colegio mayor que ya llevaba su tiempo. En las novatadas de principio de curso ya tuvimos algún encontronazo, que acabó sin consecuencias.

—Sí, pero no podemos demostrarlo.

—Siempre podremos machacarles en la liga de fútbol.

—Bueno, les machacaremos si venís a entrenar porque sino...

A mí no me gustaba la despreocupación con la que estaba tomando el asunto, y fue eso lo que me llevó a coger a Chus aparte cuando salimos de la habitación:

—Tío, yo te quiero aquí con nosotros —le dije con seriedad—, así que ni se te ocurra que te echen, que esto se va a hundir sin ti.

A lo que él me respondió, sin inmutarse:

—Y yo también quiero verte con esa piba que te trae de cabeza.

Yo iba a decirle que estaba hablando en serio y que se dejase de tonterías pero se adelantó, tranquilizándose:

—Y descuida que, cuando eso ocurra, también quiero estar aquí para verlo.

Capítulo 5

Noche de viernes

*Amar sin ser correspondido
es parecido a sacar al corazón
a pasear por un campo de tiro.*

Marwan

Lalia no me escribe.

No me dice nada, por lo que no debo importarle mucho.

Yo a esto lo llamo morir lentamente.

La última vez que le había visto había sido en la parada del bus con un par de amigas, más guapa que nunca.

—¿Qué tal? —preguntó mientras me daba dos besos.

—Bien —le había respondido, pensando en la cantidad de matices que incluían esa palabra.

Sus amigas me habían mirado como ya si supiesen quién era.

¿Y quién era? , pensé yo, ¿ese con el que estuvo a principio de curso y al que dejó?, ¿el que no tiene muy claro lo que quiere? , ¿o el idiota que siempre está detrás de ella?

Mientras hablábamos de cosas de la carrera yo pensaba en alguna forma de proponerle si podíamos quedar, sin atreverme.

—¿Vendrás al festival? —terminé preguntándole, con el corazón en un puño.

—¿Qué día era?

—El viernes que viene.

Se quedó unos segundos pensándolo.

—Puede ser —dijo al final.

Estuve a punto de lanzarme y preguntarle si quería quedar este fin de semana pero ella, como si me leyese el pensamiento, comentó que se iba fuera de Madrid con unos amigos.

—Ya te imaginas, de casa rural y eso... —me dijo con despreocupación.

Yo asentí, sin saber qué añadir.

Ella me miró por primera vez a los ojos en toda la conversación y entonces sonrió con dulzura.

—Nos veremos pronto, Nico.

Y esa dulzura, aunque me consolase un poco también me inquietó.

¿Por qué haces como si no hubiese pasado nada?, tenía ganas de decirle, ¿O es que acaso no ha significado nada para ti?

La desazón me invadió.

Ella se bajó con sus amigas una parada antes de la mía, mientras yo me quedaba viendo como se alejaban, posiblemente hablando de mí, sin saber que yo todavía seguía con el corazón en la mano.

Cuando llegué al colegio mayor no me apetecía estar con nadie y subí al cuarto sin cenar. Bea solo me había mirado al pasar, entendiendo que no podía llegar donde yo estaba.

Sin embargo, era viernes por la noche y el grupo se preparaba para salir.

Yo dije que preferiría quedarme.

—Tío, ¿de verdad? —dijo Chus, decepcionado.

—Estoy cansado.

—No está Lalia, ¿no? —dejó caer David y eso me dolió un poco.

—Las chicas os tienen sorbido el seso —rezongó Chus, y yo me pregunté quién sería el otro que tampoco se animaba a salir.

Después de un par de intentos de convencerme sin éxito y de llamarme de todo se acabaron yendo sin mí, que me quedé dando vueltas por el colegio.

Tenía en la mesilla el libro de *En nombre del viento*, de Patrick Rothfuss, que me había dejado Clara, pero no me concentraba lo suficiente para leer.

Ya eran más de doce de la noche cuando salí a la terraza y me encontré con Arturo. Estaba fumando, con esas caladas lentas en las que casi pude verse el humo entremezclándose con los recuerdos.

—Tú tampoco sales, ¿no?

Arturo negó. De alguna forma, nos comprendimos.

Los dos nos quedamos en silencio, mirando el cielo de la noche madrileña.